

Robo de cerebros

Miquel Barceló

¡Vente a Alemania, Pepe!

La frase fue el título de una película de 1971 de Pedro Lazaga, interpretada por los "sospechosos habituales": Alfredo Landa, José Sacristán, Tina Sáinz, Antonio Ferrandis y Gemma Cuervo entre otros. Narraba la historia de tantos españoles que, en la década de los sesenta, encontraron trabajo y la posibilidad de prosperar en Alemania.

Ahora parece que estamos de nuevo en esa misma tesitura. Pero a otro nivel.

El día 30 de enero de 2011, se publicaba en *El País* un artículo con el título: *¡Vente a Alemania, ingeniero Pepe!* Estaba firmado por L. Lucchini y C. Pérez-Lanzac quienes, en el texto, se hacían eco de la oferta de la canciller alemana Ángela Merkel para dar trabajo a ingenieros españoles.

En ese mismo artículo de 2011, Lucchini y Pérez-Lanzac daban explícitamente el ejemplo (vaya usted a saber si real o ficticio) de un ingeniero informático. Decían concretamente:

"Madrid, Junio de 2007. Diego Ruiz del Árbol, 27 años, un título de ingeniero informático, desarrolla software para el control del tráfico aéreo para la empresa Indra, pero no está satisfecho con las condiciones y el ambiente de trabajo. Una beca Erasmus en Praga le ha abierto las miras acerca de la vida en el exterior. Quiere volver a hacerlo. Encuentra trabajo en Berlín, como desarrollador de software para juegos. Un mejor sueldo y la perspectiva de otra vida lo empujan hacia una experiencia en Alemania. "Quizás solo por dos o tres años", se dice a sí mismo."

El texto lo dice prácticamente todo: había trabajo en España (hablo de finales de 2010...), pero podía encontrarse uno mucho mejor en Alemania. Un trabajo digno y mejor pagado: mis estudiantes me dicen que encuentran trabajo aquí pero con unos sueldos ridículos para alguien que ha estudiado una carrera. Y en eso estoy de acuerdo con ellos.

El artículo de *El País* no era la única referencia a ese problema (sí, yo lo considero un problema). El anterior ministro socialista de trabajo, Valeriano Gómez, reconoció ese mismo año 2011 que buena parte de la emigración española estaba formada por jóvenes y que la mayor parte de ellos están sumamente cualificados.

Hace años, como no deja de tener su lógica, quienes tenían un título universitario encontraban aquí trabajo más fácilmente. Ahora sigue ocurriendo lo mismo pero en mucha menor escala y por eso nuestros jóvenes titulados y muy bien formados (con carreras universitarias, postgrados, másters, doctorados y todo eso) ya no siempre encuentran trabajo en España y deben marchar al extranjero. Y eso, desgraciadamente, empieza a verse como "normal".

Antes, a eso se le llamaba "fuga de cerebros" y se consideraba un grave problema. Ahora se le llama "movilidad de talentos". Es un eufemismo que puede hacer las delicias, por ejemplo, de la anterior ministra de ciencia, la socialista señora Garmendia. Como decía hace unos meses, clama al cielo que una ministra pueda mostrarse incluso satisfecha y contenta con el hecho de que nuestros jóvenes más cualificados deban emigrar a otros países para encontrar el trabajo que este país no sabe ni puede ofrecerles. Es como el cuento de la zorra y las uvas: cuando no puede alcanzarlas se dice que las uvas están verdes.

Pero esos países que aceptan a nuestros titulados entran en una nueva categoría de depredadores. Yo les llamo "ladrones de cerebros". Al fin y al cabo, permiten que un país más

pobre (como es hoy España) se gaste su buen dinero en criar y formar hasta sus 25 o 30 años a jóvenes profesionales para, después, llevárselos para sacar de ellos todo el jugo posible... Y, que nadie se engañe, después, a sus 65 o 67 años, cuando se jubilen, esos profesionales volverán a España para que aquí, de nuevo, el país pobre les mantenga ya envejecidos y con gran esfuerzo económico sufrague los costes de la vejez con su retahíla de enfermedades, cuidados médicos y dependencias asociadas. Sin haber podido usar sus servicios para enriquecer al país durante su desarrollo profesional.

Un negocio que sólo está claro para Alemania. Nunca para nuestro país. Hoy hay que llamarlo, ya sin ambages, "robo de cerebros".